

## La matushka

### *Cuento ruso*

¡Oh, qué jornada, qué lucha! Habíamos, al fin, vencido, pero a costa de mucha sangre. Nuestra bandera, que el gran San Nicolás bendiga, era pues, la bandera triunfante. Pero, ¡cuánto camarada quedaba sin vida en aquellos horribles desfiladeros! De mi compañía no nos salvamos sino muy pocos. Yo, herido, aunque no gravemente, estaba en la ambulancia. Allí se me había vendado el muslo que una bala me atravesó rompiendo el hueso. Yo no sentía mi dolor: la patria rusa estaba victoriosa. En cuanto a mi hermano Iván, lo recuerdo muy bien. Al borde de un precipicio recibió un proyectil en el pecho, dio un grito espantoso y cayó, soltando el fusil, cuya bayoneta relampagueó en la humareda. Vi morir a otros; al buen sargento Lernoff, a Pablo Tenovitch, que tocaba tan bien el *fifre* y que alegraba las horas de vivac; ¡a todos mis amigos!

Me sentía con fiebre. Ya la noche había entrado, triste, muy triste, y al ruido de la batalla había sucedido un silencio interrumpido sólo por el ¡Quién vive! de los centinelas. Se andaba recogiendo heridos, y el cirujano Lazarenko, que era calvo y muy forzado, daba mucho que hacer a sus cuchillos, aquellos largos y brillantes cuchillos guardados en una caja negra, de donde salían a rebanar carne humana.

De repente, alguien se dirigió al lugar en que me encontraba. Abrí los ojos que la fiebre persistía en cerrar, vi que junto a mí estaba, toda llena de nieve, embozada en su mantón, la vieja matuschka del regimiento. A la luz escasa de la tienda, la vi pálida, fija en mí, como interrogándome con la mirada.

—¡Y bien! —me dijo—, decidme lo que sabéis de Nicolás, de mi Nicolásín. ¿Dónde le dejaste de ver? ¿Por qué no vino? Le tenía sopa caliente, con su poco de pan. La sopa hervía en la marmita cuando los últimos cañonazos llegaban a mis oídos. ¡Ah!, decía yo. Los muchachos están venciendo, y en cuanto a Nicolásín, está muy niño aún para que me lo quiera quitar el Señor. Seis batallas lleva ya, y en todas no ha sacado herida en su pellejo, ni en el de su tambor. Yo le quiero y él me quiere; quiere a su matuschka, a su madre. Es hermoso. ¿Dónde está? ¿Por qué no vino contigo, Alexandrovitch?

Yo no había visto al tambor después de la batalla. En el terrible momento del último ataque debía haber sido muerto. Quizá estaría herido solamente y lo traerían más tarde a la ambulancia. El chico era querido por todo el regimiento.

—Matuschka, espera. No te aflijas. San Nicolás debe proteger a tu pequeño.

Mis palabras la calmaron un tanto. Sí, debía llegar el chico. Ella lo asistiría y no le dejaría un solo instante. ¡Oh, oh! Con el *schnaps* de su tonel le haría estar presto en disposición de redoblar tan gallardamente, como sólo él lo hacía cada alborada. ¿No es verdad, Alexandrovitch?

Mas el tiempo pasaba. Ella había salido a buscarle por las cercanías, le había llamado por su nombre; pero sus gritos no habían tenido más respuestas que el eco en aquella noche sombría, en que aparecían como fantasmas blancos los picos de las rocas y las copas de los árboles nevados.

La matuschka había acompañado a los ejércitos rusos en muchas campañas. ¿De dónde era? Se ignoraba. Quería lo mismo a los moscovitas que a los polacos, y daba el mismo *schnaps* de caldo al mujick que servía de correo como al rudo cosaco de grande y velludo gorro. En cuanto a mí, me quería un poquito más, como al pobre Pablo Tenovitch, porque yo hacía coplas en el campamento, y a la matuschka le gustaban las coplas. Me refería un caso con frecuencia.

—Muchacho: un día en Petersburgo, día de revista, iba con el Gran Duque, un hombre cuyo rostro no olvidaré nunca. De esto hace muchos años. El Gran Duque me sonrió, y el otro, acercándose a mí, me dijo: —¡Eh, brava matuschka! Y me dio dos palmaditas en el hombro. Después supe que aquel hombre era un poeta que hacía canciones hermosas y que se llamaba Pouchkine.

La anciana quería a Tenovitch por su música. No bien él, en un corro de soldados, preludiaba en su instrumento su canción favorita *El soldado de Kulugi...*, la matuschka le seguía con su alegre voz cascada y llevando el compás con las manos.

—Para vosotros, chicos, no hay medida. Hartáos de sopa; y si queréis lo del tonel, quedad borrachos.

Y era de verla en su carreta, la vara larga en la mano, el flaco cuerpo en tensión, los brazos curtidos, morenos, a prueba de sol y de nieve, el cuello arrugado, con una gargantilla de cuentas gruesas de vidrio negro, y la cabeza descubierta, toda canosa. Acosaba a los animales para que no fuesen perezosos: ¡Hué! ¡Gordinflón! ¡Juuuip, siberiano! Y la carreta de la matuschka era gran cosa para todos. En ella venía el rancho y el buen aguardiente que calienta en el frío, y da vigor en la lucha.

Detrás de las tropas en marcha, iba siempre la vieja. Si había batalla, ya sabían los fogueados que tenían cerca el trago, el licor del tonel siempre bien lleno por gracia del general:

—Matuschka; mis soldados necesitan dos cosas: mi voz de mando y tu tonel.

Y el *schnaps* nunca faltaba. ¿Cuándo faltó?

Pero si la anciana amaba a todos sus muchachos, sin excepción, a quien había dado su afecto maternal era a Nicolasín, el tambor. De catorce a quince años tenía el chico, y hacía poco tiempo que estaba en servicio.

Todos le mirábamos como a cosa propia, con gran cariño, y él a todos acariciaba con sus grandes ojos azules y su alegre sonrisa, al redoblar en su parche delante del regimiento en formación. El hermoso muchacho tenía el aire de todo un hombre, y usaba la gorra ladeada, con barboquejo, caída sobre el ojo izquierdo. Debajo de la gorra salían opulentos y crespos los cabellos dorados.

Cuando Nicolasín llegó al cuerpo, la matuschka le adoptó, puede decirse. Ella, sin más familia que los soldados, hecha a ver sangre, cabezas rotas y vientres abiertos, tenía el carácter férreo y un tanto salvaje. Con Nicolasín se dulcificó. ¿Quería alguien conseguir algo de la carreta? Pues hablar con Nicolasín. *Schnaps*, Nicolasín; un tasajo, Nicolasín y nadie más. La vieja le mimaba. Siempre que él estaba junto a ella, sonreía y se ponía parlanchina; nos contaba cuentos e historias de bandidos de campaña, de héroes y de rusalcas. A veces cantaba aires nacionales y coplas divertidas. Un día le compuse unas que la hicieron reír mucho, con todas ganas; en ellas comparaba la cabeza del doctor Lazarenko con una bala de cañón. Eso era gracioso. El cirujano rió también y todos bebimos bastante.

El pequeño, por su parte, miraba a la vieja como a una madre, o mejor como a una abuela. Ella entre la voz de todos los tambores reconocía la del de su Nicolasín. Desde lejos, le hacía señas, sentada en la carreta, y él la saludaba levantando la gorra sobre su cabeza. Cuando se iba a dar alguna batalla eran momentos grandes para ella:

—Mira, no olvides al santo patrono que se llama como tú. No pierdas de vista al capitán, y atiende a su espada y a su grito. No huyas, pero tampoco quiero que te maten, Nicolasín, porque entonces yo moriría también.

Y luego le arreglaba su cantimplora forrada en cuero, y su morral. Y cuando ya todos íbamos marchando, le seguía con la vista, entre las filas de los altos y fuertes soldados que iban con el saco a la espalda y el arma al hombro, marcando el paso, a entrar a la pelea.

¿Quién no oyó en su tambor la diana alegre al fornido Nicolasín? La piel tersa campanilleaba al golpe del palillo que la golpeaba con amor; de los aros brotaban

notas cristalinas, y el parche de tanto en tanto, sonaba como una lámina de bronce. Tambor bien listo, cuidado por su dueño con afecto. Por seis veces vimos al chico enguirnaldarse de verde después de la victoria. Y al marchar al compás cadencioso, cuando Nicolasín nos miraba, rojo y lleno de cansancio, pero siempre sonriente y animoso, a muchos que teníamos las mejillas quemadas y los bigotes grises, nos daban ganas de llorar. ¡Viva la Rusia, Nicolasín! ¡Vivaaa! y un rataplán.

Luego, cuando alguien caía en el campo, ya pensaba en él. Era el ángel de la ambulancia. ¿Queréis esto? ¿Queréis lo otro? Eso que tenéis es nada. Pronto estaréis buenos. Os animaréis y cantaremos con la matuschka. ¿La copa? ¿El plato? ¡Bravo, Nicolasín! Yo le quería tanto como si fuera mi hermano o mi hijo.

Imaginaos primeramente que el punto principal estaba ocupado por el enemigo. Nuestro camino era sólo uno: ir adelante. Debía de sucumbir mucha gente nuestra; pero como esto, si se ha de ganar, no importa en la guerra, estaban dispuestos los cuerpos que debían ser carne para las balas. Yo era de la vanguardia. Allí iba Nicolás tocando paso redoblado, cuando todos teníamos el dedo en el gatillo, la cartuchera por delante y la mente alocada por la furia.

Recuerdo que primeramente escuché un enorme ruido, que luego balazos y después rugidos humanos sonaron, y que en el choque tremendo nadie tuvo conciencia de sí. Todas las bayonetas buscaban las barrigas y los pechos. Creo que si en vez de ser nosotros infantes, hubiéramos sido cosacos o húsares, en los primeros instantes hubiéramos salido vencedores. Seguí oyendo el tambor. Fue el segundo encuentro.

Pero Nicolasín... Después, caí herido. No supe más.

¡Dios mío, qué noche tan tremenda! La matuschka me dejó y dirigióse al cirujano. Él alineaba, entre tanto, sus fierros relumbrosos. Como vio a la vieja gimoteando, la consoló a su manera. Lazarenko era así...:

—Matuschka, no te aflijas. El rubito llegará. Si viene ensangrentado y roto, lo arreglaré. Le juntaré los huesos, le coseré las carnes y le meteré las tripas. No te aflijas, matuschka.

Ella salió. Al rato, cuando ya me estaba quedando dormido, escuché un grito agudo, de mujer. Era ella. Entraron dos cosacos conduciendo una camilla. Allí estaba Nicolasín todo bañado en sangre, el cráneo despedazado, y todavía vivo. No hablaba, pero hacía voltear en las anchas cuencas los ojos dolorosos. La matuschka no lloraba. Fija la mirada en el doctor, le interrogaba ansiosa con ella. Lazarenko movió tristemente la cabeza. ¡Pobre Nicolasín!

Ella fue entonces a su carreta. Trajo un jarro de aguardiente, humedeció un trapo y lo llevó a los labios del chico moribundo. Él la miró con amargura y con ternura al propio tiempo. Desde mi lecho de paja yo veía aquella escena desgarradora y tenía como un nudo en la garganta. Por fin el tambor mimado, el pequeño rubio, se estiró con una rápida convulsión. Sus brazos se retorcieron y de su boca salió como un gemido apagado. Entrecerró los párpados y quedó muerto.

—¡Nicolásín! —gritó la vieja—. ¡Nicolásín, mi muchacho, mi hijo!

Y soltó el llanto. Le besaba el rostro, las manos; le limpiaba el cabello pegado a la frente con la sangre coagulada, y agitaba la cabeza, y miraba con aire tal como si estuviese loca.

Muy entrada la noche, comenzó otra nevada. El aire frío y áspero soplaba y hacía quejarse los árboles cercanos. La tienda de ambulancia se movía; la luz que alumbraba el recinto, a cada momento parecía apagarse.

Se llevaron el cadáver de Nicolásín.

Yo no pude dormir después ni un solo minuto. Cerca, se escuchaban, en el silencio nocturno, los desahogos lúgubres y desesperados de la matuschka, que estaba aullando al viento como una loba.